

Los duendes



«...a la medianoche comenzaron a mecerme y a mecerme. Llamé a mi mamá y le grité: Me están meciendo el chinchorro. ¡Ah! Esos son los duendes...»

JOSÉ RAMÓN CORONADO

Se dice que estas criaturas extrañas son manifestaciones de los niños que viven en el «limbo», los que mueren sin bautizo. Son abortos o niños que durante su corto paso por esta tierra fueron malcriados, llegando hasta el extremo de golpear a sus padres.

Para dejar constancia de este tipo de presencia sobrenatural empezaré por narrar una experiencia personal muy concreta con respecto a estos duendes, gnomos, ceretones o *poltergeist*.

En una casa ubicada en Acarigua, en la avenida 28 entre calles 27 y 28, y que fue de mi propiedad por espacio de quince años, hubo un duendecillo que vivió con nosotros sin causarnos ningún problema grave. ¿Cuándo apareció? No sabríamos precisar el momento exacto, pero llegó, y después de hacer que los habitantes de la casa se acostumbraran a él, se instaló definitivamente con nosotros.

Este duendecillo o espíritu burlón comenzó inesperadamente a producir ruidos de llaves en las cerraduras y a llamar por su nombre a los miembros de la familia con las voces de los demás integrantes, hasta el punto de que ya era usual que estando la casa en silencio cualquiera saliera de un cuarto o de algún otro sitio de la casa gritando: ¡Ya voy!, y cuando llegaba frente a la persona que supuestamente lo había llamado, comprobaba que era falso, que nadie lo había hecho. Esta situación se repetía a diario. Luego comenzó a apagar y prender luces, a abrir puertas y a cambiar de lugar algunos objetos. Sin embargo, nada de esto amedrentaba a nadie de la familia.

Una vez mi hija mayor regresó a casa después de su divorcio y David (nombre que ella misma le dio, y que después fue asumido por todos nosotros y por los amigos más allegados) se disgustó tanto por su regreso que se puso insoportable. Una noche como a la una de la madrugada, estando yo de viaje, la despertó respirándole en la cara como un animal cansado. Al abrir los ojos pudo verlo encarnado en un mono negro que sigilosamente se escondió detrás de un escaparate. Otra vez lo vio con figura de verdugo parado frente a su cama y acompañado de otros verdugos. Esa noche mi hija sí se asustó, llegó a mi cuarto prácticamente privada, con los ojos fijos y sin poder hablar. David estaba realmente inaguantable: silbaba, se veía su sombra cuando atravesaba las habitaciones de la casa, movía los carros u otros juguetes de los niños, abría los chorros de agua de los lavamanos y del lavaplatos. Y una tarde llegó al colmo de encender el quemador de una cocina a gas que no tenía piloto. Mi hija al ver esto, conjuntamente con la muchacha que trabajaba en la casa, de nombre Milaxi Sequera, se puso a insultar a David con fuertes palabrotas y a correrlo para lo más profundo del infierno. Cuentan las dos jóvenes testigos de este episodio que el perro de la casa llamado Amigo, que estaba parado en la puerta de la cocina, de repente lanzó un chillido horrible y todo el pelo, desde la cabeza hasta la cola, se le paró como si fuera un cepillo de alambre. Transcurrió algún tiempo y la presencia de David no se sintió más. Un año después mi hija se casó de nuevo y se fue de la casa. Yo me sentí muy sola y creo que extrañaba a David, la casa me resultaba vacía y muy fría. Así que una noche como a las doce lo llamé, le dije que si él se sentía bien en nuestra casa, si le gustaba su silencio y ese ambiente de lectura y creación, que podía regresar, que ya mi hija no estaba.

La tercera noche después de mi llamado estaba yo dormida cuando sentí que la mesita de noche era movida por alguien que la mecía como si estuviera falsa en el piso. Desperté, recordé a David, sostuve con mi mano la mesa y le dije: Está bien, David, ya sé que llegaste. Inmediatamente volví a recobrar el sueño.

Una noche la profesora Juhdy Villegas y yo fuimos a una fiesta, y como ella en ese tiempo (1982) vivía en Píritu, acordamos que se quedaría en mi casa. Cuando regresamos eran como las doce de la noche y ella se bajó del carro para abrir el portón del garaje. Yo noté que se quedó paralizada y luego comenzó a gritar, pues de adentro de la casa salía un ruido muy fuerte como si una moto estuviera encendida en el garaje. Rápidamente bajé del carro y, contra la voluntad de mi amiga que no quería que entrara a la casa, me introduje. Entonces vimos con asombro que en el cuarto que toda la familia nombraba como «el cuarto de David» la máquina de coser trabajaba sola a toda velocidad y los hilos del costurero estaban esparcidos por el piso. Nunca más la profesora Juhdy Villegas se volvió a quedar en mi casa.

Tiempo después, en el año 1985, contraí nupcias, y parece que a David no le cayó muy bien mi marido porque durante el año y medio que duramos casados casi que lo enloquece. Mi esposo llegó a verme caminar por la casa de un lugar a otro teniéndome agarrada de la mano. Fue tanto el terror que sembró en él en los últimos meses de matrimonio, que si llegaba antes que yo a la casa prefería esperarme sentado en la acera, pues no se atrevía a entrar solo.

David le causó tantos problemas a mi matrimonio que opté por buscar un sacerdote para exorcizar la casa. Después de muchas diligencias logré hablar con el padre Ramiro Castaño y él accedió a hacerme una visita para tratar de limpiarla y bendecirla. Mi esposo y yo nos encontramos con el padre Ramiro en «el cuarto de David» cuando el sacerdote levantó la mano para hacer la señal de la cruz y una foto de mis hijos tomada el día en que hicieron la primera comunión, explotó con un fuerte ruido y cayó al suelo vuelta añicos. La foto estaba entre dos vidrios, colgada en la pared con una cadenita que se sostenía en el clavo. Todo cayó, pero el clavo quedó incrustado muy fuerte en la pared y la cadena seguía guindando de él. Es de hacer notar que la foto tenía más o menos diez años en ese mismo lugar.

En otra oportunidad, ya divorciada, viajé a Caracas acompañada por la profesora Juhdy Villegas. Cuando volví a mi casa, a las doce y media de la noche, revisé las cerraduras de las dos puertas para constatar que todo estaba normal. Después de esto me puse a sacar unos libros que había comprado en el viaje, y cuando los estaba revisando alguien se me acercó (yo sentí su proximidad) y me habló al oído con un seseo tan profundo que solo pude captar al final la palabra «más». A mí se me erizó el pelo y casi me desmayo, porque no pensé en David, sino en que algunos delincuentes se habían introducido en mi casa y me estaban esperando. Saqué valor de mi Dios interno y giré mi cuerpo con la intención de negociar con los intrusos, pero mi sorpresa fue mayor al no ver a nadie alrededor. Enseguida le dije en voz alta: ¡Así no, David!, ¿qué vaina es?, ¿tú me quieres matar de un susto? Y sin temor de ninguna especie continué revisando los libros.

Ese ser nunca me inspiró miedo, y si narrara todas las experiencias con él tendría que hacer una historia separada de este trabajo, porque en quince años son muchas las anécdotas vividas, no solo por mí, sino por familiares y visitantes, por lo tanto hice una selección de los acontecimientos más inverosímiles registrados en este caso.

La casa se puso en venta, pero fue cuatro años después cuando apareció un comprador, luego de haber decidido ponerle un precio irrisorio. Ignoro si David sigue viviendo en ella o está conmigo en la granja donde habito hoy, pues no se ha vuelto a manifestar. Lo que sí es cierto es que posteriormente la casa ha sido vendida varias veces, porque supuestamente la gente que la compra no puede vivir en ella debido a los hechos anormales que allí suceden.

Con el fin de enriquecer este libro, después de muchas conversaciones y diligencias logré conseguir el permiso para pasar una noche en La Blanquera, que era el nombre de esa casa cuando yo era su dueña. En la actualidad está habitada por un señor llamado José que trabaja como heladero y es quien la cuida, según él, por orden del dueño, porque ninguna familia ha vuelto a vivir en ella. El señor José es sumamente celoso con esa casa y no proporciona datos de ninguna especie. Él aduce que allí está tranquilo, no paga alquiler, ni agua, ni luz, y que si el dueño se molesta porque él está dando información a la gente de lo que allí ocurre, entonces lo puede sacar, y él no tiene adonde ir.

Mi hija Dubraska y yo nos preparamos psicológica y espiritualmente para volver a la casa. Tomamos las provisiones necesarias: filmadora, cámara fotográfica, teléfonos, relojes, linternas, velas, fósforos y unas colchonetas. Llegamos a las siete de la noche y a las diez y media apagamos las luces y nos dedicamos a observar en la oscuridad, pendientes de algún ruido o alguna sombra o figura que pudiera aparecer frente a nosotras. No teníamos miedo, pero sí un poco de recelo. De vez en cuando mi hija y yo conversábamos para darnos ánimos. La noche fue bastante larga, de repente algún ruido normal de golpes sobre el techo, pisadas muy suaves como las que se oían cuando nosotras habitábamos la casa, pero sin ninguna manifestación de fenómenos paranormales digna de mencionar.

No sabemos si es que David ya no vive en la casa o es que ya olvidó la relación de amistad que nos unió una vez, pero lo cierto fue que en ningún momento se manifestó. Así amanecemos sin novedad alguna, un poco trasnochadas, sin nada nuevo que aportar a este trabajo.

Buscando otros aportes continué mi transitar por el estado Portuguesa. En Píritu me encontré con la señora Petra Silva de Gallegos, quien nació en Mijagüito, pero desde los nueve meses de nacida su madre se radicó en Píritu, municipio Esteller.

PETRA SILVA DE GALLEGOS

71 años

Mi mamá me contaba que a ella se le murieron varios hijos en esa casa y que logró una hija que cuando tenía cinco años, mayor que yo, se murió también. Se llamaba Candelaria, y una tarde como a las tres le pegó una fiebre muy alta y a las ocho de la noche ya se había muerto. Como vivía en Mijagüito, que era un monte..., un campo peor que Píritu, no había médico ni remedios, nada que hacer. Ella lo que hizo fue santiguarla y ponerle unos «sinapismos», que eran unas plantillas de trapo que les ponían en los pies con café en polvo tibio y ajo machacado; además le puso agua fría en la cabecita para que le bajara la fiebre. Eso fue todo lo que ella le hizo, pero no pudo salvarla, la muchachita se murió y la enterraron con las mismas plantillas en los piecitos.

Ese otro día del entierro ella fue a lavar al río Acarigua que quedaba cerquita de la casa y consiguió los sinapismos en la orilla del río, en la barranca, y ella estaba segura que eran ellos pues eran las mismas tiras de un vestido verde que ella tenía y en el apuro rompió para hacer las plantillas, y más segura estaba que no se las habían quitado para enterrarla. La gente se asustó mucho con este caso y todos decían que fueron los duendes que se la llevaron.

Mi mamá lo que hizo fue salir de esa casa y mudarse para acá para Píritu, porque la que le quedaba era yo, ya a ella se le habían muerto seis muchachitos en esa casa y para salvarme a mí se vino para acá. Esos niños se enfermaban y se morían a mengua, porque no había ni médicos, ni remedios, se santiguaban y se morían, porque ni cura para bautizarlos había.

Nosotros llegamos a Píritu y esto era un monte. Yo me acuerdo cuando pusieron la luz eléctrica..., yo tenía como seis años y veía que venía un camión poquito a poco trayendo los bombillos. Yo no sé por qué venía tan poquito a poco, parecía que lo traían empujado, yo creo que era que les daba miedo manejar, y como la carreterita tenía tantos huecos temían que se les rompieran los bombillos. Primero nos alumbrábamos con lámparas de querosén y velas. Los primeros postes que pusieron eran de palo.

FREDDY JOSÉ VIRGÜEZ

En el barrio 23 de Enero, de aquí de Papelón, al lado del caño Igüez, yo me quedaba en la casa de Soris Cermeño. De eso hace como ocho años. Colgué la hamaca y nos acostamos. Yo cargaba un escapulario, como una cruz, pero hecha de coco. A media noche me levanté porque me sentía mal y me quité el escapulario que nunca me lo quitaba y lo guindé en la ventana. Bueno, de golpe siento que me mueven la hamaca..., reparé y no vi nada. Al rato siento un golpe duro que le dieron a la ventana: ¡Pan!, sonó la ventana. Bueno, yo asustado y todo me quedé dormido. Ese otro día me paré, enrollé la hamaca, y en lo que voy a buscar el escapulario veo que está en el suelo partido..., espiazaíto. Llegué y lo recogí y lo eché en una cajita de fósforos y le conté el cuento a mi mamá que me dijo: Démelo para llevárselo a un señor que vive por ahí por Biscucuy, que es curioso. Lo llevé y el señor le dijo que era un duende que había llegado esa noche ahí y gracias al escapulario que estaba en la ventana no había entrado.

JESÚS AGUILAR

Alias Chicho Blanco

Viniendo de Monterralo, aquí en Guanarito, antes de llegar al Freno, a orillas de la cerca larga, allí había un samanón, allí los muchachos de Crisanto Castillo veían unos duendes chiquitos que buscaban a jugar con esos carajitos, pero después se desaparecían. De esos duendecitos hay muchos cuentos porque ellos los vieron muchas veces y muchos son los choferes que le han sucedido casos allí cuando el chofer va solo. Al hijo de Leonardo Parra, Damián, se le encaramaban en el carro y él sentía que al carro le caía como un peso encima, sobrecargado, y se venía a sentir el carro liviano más o menos donde está ahorita el bote de basura. Ahí sería que se bajaban.

JOSÉ RAMÓN CORONADO

Un día nos reunimos un grupo de muchachos para irnos a bañar a la quebrada de Araure; entre el grupo iba una muchacha muy vagabunda llamada Agapita, que en paz descansa. Mi abuela me había traído un sombrerito de cogollo de Quíbor, estado Lara, que le costó real y cuartillo y yo andaba muy orondo con mi sombrero nuevo.

Después que nos bañamos y nos vestimos para irnos para la casa, yo me puse mi sombrero, pero la muchacha me lo quitó de la cabeza y me lo lanzó al agua. Yo como estaba vestido no me atreví a tirarme a la quebrada para sacarlo, porque si llegaba mojado me echaban una pela, y con tristeza lo vi cuando se fue en la corriente..., y de todas maneras me pegaron por haber perdido el sombrerito. Cuando llegué a la casa mi mamá me preguntó: ¿Y el sombrero? Agapita me lo quitó y me lo echó en la quebrada y yo no lo pude sacar, contesté. Me llevé mi paliza y mi mamá me decía: Ahora te van a asustar los duendes porque tú no tenías por qué dejarles ese sombrero en la quebrada que es la casa de ellos.

En la noche rezamos el rosario a las ocho y nos acostamos. Yo me acosté en un chinchorro quiboreño que me colgaban en la sala. Yo no podía dormir, y a la medianoche comenzaron a mecerme y a mecerme. Llamé a mi mamá y le grité: Me están meciendo el chinchorro. ¡Ah! Esos son los duendes..., yo te lo dije, me contestó. Y me seguían meciendo y por debajo del chinchorro yo sentía que caían como bojotes de papeles y también me caían adentro del chinchorro. Yo no pude dormir nada, y por la mañana apareció el sombrero..., me lo habían tirado adentro del chinchorro. ¿Qué duende vino a traerlo?... No sé, pero el sombrerito me apareció.

Otra tarde mi mamá me dio permiso para que fuera a bañarme a la quebrada de Araure, y estando bañándome me dieron ganas de hacer una necesidad y me fui hacia un montecito.

Cuando ya estaba agachado escuché una conversación y rápido me paré porque pensé que era gente y me iban a ver, pero resulta que vi pasar por entre el monte a un grupo de hombreritos chiquiticos, que eran los que hablaban. Se me espelucó el cuerpo y salí corriendo hacia donde estaba el grupo de mis amigos.

Ya casado yo con Ramona, me gustaba salir de noche y echarme los palitos, jugar dominó y a veces ir a las cantinas; me gustaba sentarme a una mesonera en las piernas para que me acompañara, pero cuando llegaba muy tarde a la casa, llegaba a las once de la noche medio prendido y con esos calorones, al llegar le decía a Ramona: Acompáñame para irme a echar un baño a la quebrada, y nos íbamos. Ella a veces se bañaba y a veces no. Esa noche ella no se bañó. En ese tiempo la quebrada estaba escueta, no tenía cerca y allí había un palo de coco de mono donde los duendes subían y bajaban de noche. Ramona escuchó una conversación y asustada me dijo: Ramón ¿usted esta oyendo esa conversación?, y le contesté: Sí, es arriba en el palo de coco de mono. Y ella me contestó: Sí..., yo estoy viendo esos hombreritos que suben y bajan del palo. Apúrese para que nos vayamos porque pueden acercarse para acá... Apúrese Ramón que tengo mucho miedo. Yo me salí rapidito y nos fuimos para la casa. Ramona no pudo dormir y por la mañana amaneció con fiebre.

JUAN DEL CERRO TOVAR

En esta quebrada salían los duendes porque este era paso de ellos. Hace poco la señora Elena, no me acuerdo el apellido, y que vio unos bichitos chiquitos ensombreados que andaban por la quebrada y un señor dijo que eran los duendes. Yo me acuerdo que estando yo pequeño mi mamá nos llamaba para dentro y se oían gritos de señoras asustadas y llantos de recién nacidos y ruidos y muchas cosas. En esa quebrada hace años asustaban demasiado.

Aquí mismo, en la subida del hospital de Acarigua–Araure, detrás de donde están las ruinas de lo que fue la planta eléctrica, había una quebradita, porque allí había una naciente y allí también salían duendes, y mucha gente que se metía por allí a cazar se perdía y muchas veces duraban hasta tres días perdidos, sin poder salir, y estaban ahí mismito, casi a orillas del camino.

En Río Acarigua la señora Petra de Seguerí tenía una casa en que ni ella ni la familia de ella podían vivir allí. Ya la había alquilado más de cinco veces y la gente no duraba, porque no los dejaban dormir, veían unos bichitos chiquiticos pasando por toda la casa que silbaban, corrían, cantaban, y un señor que la alquiló salió a media noche con los trapos en el hombro. Un brujo dijo que esa casa estaba encantada porque quedaba cerca del río y esa tierra en tiempo pasado fue pasadizo de los duendes, y el vecino dijo que esa casa aunque está sola tiene un candado en la puerta y de noche se oyen vainas que suenan, gritos y murmullos. Todas las vertientes de agua tienen dueño y por eso salen espantos.

WALDEMAR ESTRADA

En la planta de Asoportuguesa, vía Payara, que procesa la harina de maíz y trilla arroz, los camioneros cuando vienen con una carga de maíz o de arroz y no saben dónde les queda la planta, preguntan: ¿Dónde quedan los duendes?..., porque esa planta, desde que la hicieron ahí al lado del nacimiento de agua de Piedritas Blancas cuentan que allí andan los duendes, en las instalaciones, y no dejan dormir a los camioneros, les mueven las hamacas. Han salido muchos camioneros privados para la carretera corriendo asustados y los empleados de la planta y que consiguen en las escaleras y en las pasarelas arriba de los silos muchas huellas: como se llenan del polvillo del maíz y el arroz y que se ven en la mañana los piecitos, los piecitos marcados por donde los duendes caminan. Los camioneros y que les llevan caramelos y se los ponen por todo eso allá arriba, para que los dejen trabajar tranquilos de noche y no los molesten, y se supone que ellos se llevan o se comen los caramelos porque al otro día no aparecen.

FRANCISCO (Pancho) PÉREZ

Una vez Simeón Rivas (el Picure), de La Estación de Ospino, profesor jubilado que nació en Santa Rosa de Barinas, pero asimilado portugués, llevó a una muchacha llamada Mery a ensalmarla en el pozo de El Tablón. Mire, a esa muchacha, si no es por el Picure que consiguió a ese carajo que sabía bastante, se la hubieran llevado los duendes. Ella cuando llegaba la gente se escondía y decía: Es que me da pena con él... ¿Y por qué te da pena? Porque lo veo chiquitico y muy feo, y comenzaba a llorar. Nosotros fuimos en una busetica que nos cobró cincuenta bolívars a Guanare, al barrio La Peñita a buscar ese médico, se llamaba Valladares. El médico mandó a ponerle las camisas y ropa del papá para que los duendes la dejaran quieta, porque la pellizcaban y le pegaban a cada rato. Él prendió un tabaco, pidió un frasco de colonia y fuimos al río. Ahí la agarro y la tiró al río y esa muchacha se curó. Yo no sé por qué ahora no hay gente que cure como antes, que la gente no estudiaba pero desarrollaba facultades muy buenas porque curaban de verdad verdad.

PETRA GUTIÉRREZ

Yo con mis hijos y unos amigos fuimos a bañarnos al chorro San Vicente, íbamos de aquí de Araure. Eso fue como en el año setenta. Yo me paré de madrugada, era día sábado, y preparé un pollo con arroz, una ensalada y unos plátanos asados en brasas para almorzar allá, y llegamos muy tranquilos, el paseo fue muy bonito. Agarramos una buena sombra porque no había mucha gente y nos pusimos a bañarnos. A la hora de comer, como a la una de la tarde, cuando fuimos a buscar la comida no hallamos nada, solo las perolas destapadas y aquello revuelto, preguntamos quién se había comido la comida y nadie fue y nosotros estábamos todos cerquita de la comida y no vimos a nadie acercarse al sitio donde la teníamos.

Cuando comenzamos a revisar buscando algún perro que estuviera cerca, aunque ahí no habían perros, vimos en el suelo las marcas de unos pies chiquiticos y mojados, las marcas estaban por toda la tierra. Mire..., de una vez recogimos y nos vinimos muertos de hambre y con ese susto encima y más nunca inventamos coger para ese chorro otra vez. La gente que estaba en el río nos dijo que esos eran duendes que allí salían mucho, pero que no eran malos, lo que hacían eran travesuras.

MARIO ARIAS

62 años, nativo de San Cristóbal y radicado desde hace mucho tiempo en el barrio La Rojeña de Río Acarigua

Yo una noche me fui a cazar con unos amigos y con mi hijo de catorce años para ese tiempo, hoy ya tiene más de cuarenta. Terminada la faena, ya amaneciendo, como a las cinco de la mañana, cuando ya veníamos de regreso para la casa, a mi hijo le dieron ganas de hacer una necesidad y yo le dije: Métase en ese mogote que yo lo espero aquí. El muchacho se metió en el mogote y después dijo que cuando se internó un poco en el monte encontró un círculo grande limpiecito en el suelo y a él le pareció más seguro agacharse allí y allí hizo su necesidad, pero de allí salió con el cuerpo malo y al ratito lo agarró una fiebre que no se le quitaba con nada, y después le dio vómitos y diarrea y el muchacho cada día que pasaba se ponía peor.

Entonces la gente, los vecinos preocupados por la salud del muchacho que se llama José Luis, me recomendaron un médico de allí mismo del poblado (él ya murió) y yo le llevé a mi hijo. El médico dijo que el muchacho había dejado excremento en el terreno que los duendes habían limpiado para jugar y por eso, por profanar ese sitio, lo habían castigado. Recuerdo que él me recomendó que fuera al río Acarigua y que del centro del río sacara una piedra blanca, que la hirviera en media olla grande de agua y se la diera a tomar al muchacho, y que una vez curado mi hijo volviera al río y tirara la piedra en el mismo lugar de donde la había sacado. Con esta receta mi hijo se curó y ya grande nunca le ha gustado ir de cacería.

